

HERNÁN CORTÉS

Grabación de la conferencia realizada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Sevilla, Octubre de 1983. Curso *Cronistas de Indias*.

Dignas autoridades, señoras y señores, buenas tardes.

Imagino poco venturoso el aire de los tiempos para un tema como el que va a ocupamos, o, para mejor decirlo, para el punto de vista desde el que pretendo enfocarlo. Porque voy a tratar de uno de los más limpios y honorables símbolos de lo que la tradición y ciertos manuales definen como la Gloria del Guerrero.

Esta época nuestra, que simula sustituirla por otras veneraciones espúrias -la del político «trilero», los oficiantes de esa abominable «Teología de la liberación», los gobernantes que jamás pisaron un campo de batalla, el comercio científico y demás desconciertos- ha desarrollado una epidérmica sensibilidad de inmediato alérgica a talantes poco rentables, como el valor, el honor y esa citada gloria.

Y es curioso que esa torpe perspectiva del ciudadano medio, cuya cabeza brilla gracias al más propagado de los champoos ideológicos, no dejaría de ser refrendada por no pocos militares, convencidos también de las ventajas del funcionariado frente a la suerte de la aventura marcial.

Pero he aquí a un poeta, ni funcionario ni militar, sin otra bandera que la independencia y, desde luego, una innata fascinación por el riesgo, la aventura y, en resumen, la gloria, que se siente feliz al unirse al condenado regimiento de “losers” que en los últimos dos siglos todavía defienden formas de vivir, puede que más a la intemperie, pero sin duda mucho más estimulantes.

Y por eso acepté en este curso ocuparme de un notable cronista, pues de su propia obra lo fue, que no olvidarán los tiempos, quizás, y que como pocos encarna ese sueño de gloria.

Hernán Cortés, fiel cumplidor de lo que el diccionario asegura del Guerrero (que guerrea, que tiene genio marcial y belicoso -mientras que del militar sugiere: que profesa la milicia-), es una figura deslumbrante que al menos en lo que a nuestra historia respecta, viene a ser el último destello de esa magnífica mesnada de intrépidos capitanes que iluminan la larga contienda con el moro o las incursiones que llevaron el nombre de España a Italia o Constantinopla. Él verá ponerse esa estrella polar de los soldados que convoca Shakespeare en *Antony and Cleopatra*. Muchos sueños encarna y que con él desaparecen, si no del corazón de los hombres sí de la capacidad de la sociedad para alumbrar esos egregios paladines. Después de Cortés ya vemos en el horizonte la polvareda de los ejércitos profesionales. Claro que los tiempos volverán a repetir gestas asombrosas; hasta nuestro desdichado siglo ha contemplado señeras empresas en todos los frentes. Pero con alarmante frecuencia hemos visto soldados en quienes aún alentaba el viejo Dios de las batallas, ser retirados del mando por quienes ya no podían concebir otra actitud que la rendición o la más injustificada de las retiradas.

Cortés, repito, al menos para España es ese simbólico último guerrero, categoría diferente del disciplinado servidor del poder o del alzado furioso tan caro a nuestras serranías. En el filo de sus armas refulge ese destino magnífico en el que a un brazo formidable -pensemos en Marco Aurelio, en Alejandro, en César, en Napoleón, se une una ordenación del mundo superior y memorable.

España ha sido parca en esos hombres insignes. Hasta cuando hemos cumplido un sueño tan vasto y perdurable como la Conquista de América, se tiene la sensación de haberlo llevado a cabo a pesar de España, como un milagro. Destacamos en soldadesca

valerosa, intrépida momentáneamente, de feroces costumbres como decía Plutarco, dotada del arranque del toro; recuerden ustedes a Contreras, demencial emblema de esta categoría. Pero poco apta para grandes e imperecederos designios. Puede que con Don Fernando el Católico enterrásemos el último de tales creadores geniales. Pues cuando España trató de cumplir esa tarea en Europa, más signos dejó de desolación -el «Alba, Flandes, tumbas» de Verlaine -que de orden. El sentido imperial ha sido extraño a nuestro devenir. En América nadie sabe cómo llegamos a realizarlo. Francisco Fernández de Córdoba, Martín Alonso Pinzón, Rodrigo de Bastidas, Alonso Ojeda, Elcano, Díaz de Solís, Núñez de Balboa, Pizarro, Lope de Aguirre, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Francisco de Orellana, Alvarado, Colón... cuánto descubridor incomparable, airoso ante las mayores dificultades, pero incapaces de dotar a sus dominios del orden preciso para vivir con Ley y con orgullo. Pocos acabaron con la anterior ordenación de la vida, con una Cultura, para levantar en su lugar otra más noble, superior, y menos aún supieron mantenerla. Cortés sí fue uno de esos hijos extraños de España. Ninguna epopeya lo canta. No hay epopeyas de la conquista americana, qué curioso; sólo la *Araucana*, y no es memorable. Estos tantas veces desarrapados que partieron de tierras de hambre tras un sueño de oro y poder, no despertaron la imaginación de nuestros grandes escritores. Quizá es que ya lo que había muerto era el espíritu de gesta del que ellos, como fantasmas en lejanos y fantásticos territorios, eran los zombis portadores, mientras la vida caminaba hacia otros espejismos y, con ella, la pluma de nuestros poetas.

O acaso, no. Porque ese espíritu -y su derrota, o, mejor que su derrota: su exterminio- está en cada línea de ese asombroso libro de nuestra literatura: *El Quijote*, porque como en las páginas de Cervantes (y también en su vida) en América se da ese último grito, ese estertor de la libertad de los guerreros, a punto de ser triturados por la

codicia de los nuevos tiempos, duelo a muerte entre los intereses casi siempre mezquinos del poder moderno y los sueños de sus capitanes, que, digámoslo, también eran el sueño de la Libertad.

Toda exaltación de los mismos sobraba en la carrera de ese nuevo organismo devorador, el Estado.

Pero recordemos la peripecia.

Ninguna guía mejor que las propias Cartas de Cortés a su Emperador y la Crónica de Bernal Díaz, soldado también de aquella empresa.

Nace Cortés en Medellín, en 1485, de linaje hidalgo. Estudió en la Universidad de Salamanca, pero pronto se decide por la carrera -el destino- de las armas. A los 19 años se embarca hacia la Española, con Ovando. Allí estuvo algún tiempo, trabajó en Azúa y ganó una Encomienda de indios.

Cuando Diego Velázquez de Cuellas conquista Cuba, en 1511, Cortés va con él, y se establece como hacendado en Baracoa.

Aprovechando los deseos de Velázquez, que quería conquistar las tierras que hoy son Méjico, logra Cortés que se le confíe una expedición.

Zarpó con poco más de medio millar de hombres, once barcos y escasísima caballería: dieciséis. Lo acompañaban Francisco de Orozco, Alvarado, Juan Escalante, Cristóbal de Olid... Pero pronto Velázquez se sintió inseguro, quizá adivinando la talla de su subordinado. Y revocó las órdenes. Pero Cortés no está dispuesto a tirar por la borda ese sueño que ya ve al alcance de la mano. Y desobedece, y sigue adelante. Más desconfiaba él de Velázquez, a quien sospechaba -con palabras de sus cartas- movido por codicia y no por celo.

Así llega nuestro conquistador a Cozumel, en las costas de Yucatán. No tardó en bregar y vencer a los mayas, y entre el botín recibe a la impagable doña Marina, hija de

un jefe azteca, que conocía lenguas y que fue de gran servicio a Cortés.

En San Juan de Ulúa llegaron los primeros emisarios aztecas que le ofrecieron la paz en nombre de su Señor, Moctezuma.

Pero la furia de Velázquez le perseguía. Cortés funda Veracruz y ante su cabildo se hace nombrar Capitán General y Justicia Mayor, con el fin, seguramente, de fortalecer su posición. Y se dispone a la Conquista de aquel Imperio mientras aguarda órdenes de Carlos I, única instancia que acepta.

Aún tendrá que hacer frente al temor de parte de sus tropas, recelosos de caer en desgracia ante Velázquez. Liquidada el asunto con un escarmiento, procede después al célebre barrenado de sus naves, y logrando alianza con los totonecas, se adentra en la meseta avanzando hacia la ciudad de Méjico. Tras luchar y vencer a los tlaxcaltecas, los convierte en sus aliados y con la carnicería de Cholula -a la que se arroja con 300 hombres, 16 caballos y 6 cañones- las puertas de la capital se le abren con todo su esplendor.

Cortés se da cuenta de que ha humillado a un Imperio, pero entre ese dominio y la abolición de su orden, tarea esencial para el desarrollo del nuevo, se interponía precisamente la avenencia con que se le habían rendido los aztecas.

Cortés sabe que no puede proclamar su poder sin desembarazarse del enemigo, sin convertirlo verdaderamente en enemigo. Así provocará a los aztecas, se apodera de Moctezuma, y en su sometimiento alza el único poder que regirá aquellos territorios: el de España y su emperador.

Pero Velázquez no lo ha olvidado. Y una tropa al mando de Pánfilo de Narváez se acerca para apresarlo. Cortés derrota a Narváez en Cempoala, hace suyos sus soldados y regresa victorioso a Méjico. Allí sin embargo se encuentra con una sublevación indígena que le obliga a retirarse -es la famosa Noche Triste, que ensangrienta el 1 de

Julio de 1520. Pero también su asombrosa consecuencia: Otumba, donde reorganiza sus tropas, vence al indio y consigue apoderarse ya indiscutiblemente de la capital. El propio Moctezuma muere en la batalla.

En la cima de su gloria, Cortés se dedica a colonizar el territorio, a levantar en él la cultura y la religión que desde la lejana península había constituido su más alto bagaje. La Nueva España, como será bautizada, se convierte en centro de expediciones hacia otros horizontes.

Pero el emperador Carlos no podía asistir sin inquietud a aquel exceso de poder, y lo reclama. Equilibra la postergación con un marquesado (del Valle de Oaxaca) y limita con rigor su autoridad. Fue un triunfo de su eterno enemigo Velázquez y su protector el obispo de Fonseca.

En 1530 vuelve Cortés a Méjico y se instala en Cuernavaca dedicándose a sus bienes, tierras y minería de la plata y el oro. Pero los viejos sueños no han abandonado su corazón. Y minará su hacienda con expediciones nuevas. Por fin regresa a España. Aquí esperará inútilmente otras empresas. Se aburre. Pero una vez más, España desaprovecha a sus mejores hijos. Aún participará en la desafortunada campaña de Argel que lleva a cabo Carlos I en 1541.

A los 63 años muere en Castilleja de la Cuesta, y sus restos son trasladados a Méjico, de donde, por cierto, acabarán por ser expulsados.

Hay en Cortés la sensación de contemplar una vida que se acomoda, como una mano a un guante, a su gran destino. Hasta el punto de poner de su parte la misma Suerte. De qué manera esa fortuna ha predispuesto a los aztecas, que aceptan la fatalidad del fin de su poder, y qué pocas trabas arman para entregarlo a quien identifican con aquel que vendría de las tierras por donde nace el sol, ese dios rubio y barbado, ese dios del viento, «Cesare armato / con li occhi grifani» que canta Dante en

el Canto IV del Infierno. Cómo nos recuerda Cortés a esos asombrosos guerreros de Grecia y de Roma. Hasta podemos verificar similares comportamientos y decisiones. Recuerden ustedes cuando barrena las naves y arena a los suyos con ejemplos de la Roma antigua. No lo hace por azar. Él, y otros momentos de la Conquista, parecen repetir, revivir en suelo americano los mitos clásicos. Cortés parece tener de su parte a esa fortuna a la que -como dice Montesquieu- se suele encomendar la parte principal de las guerras. Cómo se siente a través de él esa fuerza indetenible que suele ser anunciada -y por algo será, digo yo- con inapelables signos, como el gran cometa que apareció en Oriente y que a Moctezuma sobrecogió.

A veces el destino de un noble jefe parece urdir los sueños de su tiempo. Él los encarna, y, por qué no, él es su más alta expresión. Haber acompañado a Alejandro en Graniko, a Stuart sobre los campos del legendario Sur, a Lawrence hacia Damasco. Cortés tenía ese carisma. Más que ningún otro guerrero de la Conquista, él fue seguido, respetado y temido por sus soldados, con quienes se fundía. Tenía esa cualidad que al comienzo del *Libro de los Macabeos* se reconoce a Alejandro: Y la tierra temblaba ante él.

Esa lealtad no se basa sólo en el valor: Exige que aquel que encabeza la aventura encarne al mismo tiempo un gran sueño, una gigantesca ilusión, que aun yendo por delante de lo que la sociedad se cree capaz de afrontar en un momento determinado, sea precisamente la cristalización de sus energías y de su mejor destino. Es ese ver más allá y acertar que identifica a los seres excepcionales.

Contaba Croker que en cierta ocasión, acompañando al Duque de Wellington, entretenían el viaje jugando a adivinar qué habría tras las colinas que vinculaban su camino, y que ante la extrañeza del propio Croker al ver que las premoniciones de Wellington eran refrendadas por la realidad, el Duque le aclaró: No se extrañe, me he

pasado mi vida intentando saber de antemano qué había al otro lado de la colina. Pues bien, Cortés supo desde el principio qué había tras las colina de la Conquista: el vasto sueño de un Imperio donde se alzarían las columnas de una Religión, de una Cultura, de unas formas de vida que él juzgaba -y creo que sin error- superiores y con todo el derecho de civilizar.

Cortés puso su espada y sus ideas al servicio de ese sueño. Qué diferencia con las banderías y traiciones de la nobleza, tan pronta siempre a sus intereses y no a los nacionales. Porque nada hay en Cortés del sórdido sentimiento del caudillaje que vendría a simbolizar Shin Huang Tih: «La historia empieza conmigo». Cortés sabe que su espada está templada en aquel viento formidable que había llevado a la unidad de las Españas y que ahora se extendía más allá de los mares. Y se esfuerza porque cada gesto suyo asegure ese anhelo poniendo siempre su valor al servicio y a la sombra de un Emperador del que espera la más luminosa extensión de ese vasto sueño y la más capaz administración de esa riqueza, ese oro en que consiste el señorío, como recordaba Oliva en *Las Obras*: un César Carlos seguro de su misión civilizadora. Por eso sus propias, y espléndidas cartas están plagadas de esa astucia: «Que yo en nombre de Vuestra Alteza fundé», en «el gran servicio a Dios y a Vuestra Alteza», etc. Siempre brazo armado de un orden que imagina justo y superior y que le permite: «castigar rebeldes con arreglo a Justicia» como dice en otro pasaje. Cuando se encamina a someter a Moctezuma lo hará «confiando en la grandeza de Dios y con el esfuerzo del real nombre de Vuestra Alteza».

Porque ese derecho era algo que no se ponía en duda. Ya la Universidad de París por boca de Juan el Mayor se había pronunciado a favor del derecho de la Cristiandad -y de sus reyes elegidos (como era la Casa Española)- a cristianizar el mundo infiel. Era su obligación. Y paradójicamente, las pocas voces que no legitiman esa conquista por

completo serán las españolas -Victoria Carranza, el inefable Melchor Cano.

Y es precisamente ese servicio a la idea de conquista civilizadora antes que empresa comercial, lo que da a la Gesta Americana su grandeza. Ya Montesquieu lo vio con claridad y escribió que los españoles no hicieron como otros pueblos más sutiles, que veían las nuevas tierras sólo como objeto de comercio. No, Cortés -y tantos otros creyeron en su Aventura, creyeron que estaban levantando un orden superior -como lo supo Alejandro, como lo supo César- al que tenían no sólo derecho, sino obligación, porque, volviendo a citar a Montesquieu, eran más civilizados aquellos rubios extranjeros que los naturales, que aún permanecían, dice el francés, en los confines de su primitiva ingenuidad.

Con ese derecho, Cortés cambia el destino de las comunidades indígenas, y creo que no hay que echar en olvido algo que constituye una idea genial de ese soldado: algo, que a mis ojos le hace superior al propio emperador, cuyas ideas de expansión eran ciertamente más europeas. Y es el sueño del colonialismo. No hay Imperio sin colonias. Esto es una aportación de Cortés que la historia se encargará de confirmar. El colonialismo posterior -imaginemos a Inglaterra- perfeccionará el sistema resolviendo complejidades administrativas y acordando las funciones a las necesidades de la expansión moderna. Pero también, no lo olvidemos, dejando muy de lado las altas instancias del extremeño, que se mire como se mire es lo que diferencia la rapiña de la Civilización y lo que a la larga es capaz de nutrir indeclinablemente todos los órganos del gran cuerpo Imperial, y aun después de la desaparición del Poder que construyó tan vasto mundo, de su atomización, perdurar: una Religión, una Lengua y una Ley. España no pretendió explotar sus colonias tanto como «salvarlas». Yo sé que esta palabra y lo que significa levantan más de una sonrisa. Pero aunque no soy creyente, dudo de cualquier Civilización que no vaya, por decirlo de forma rotunda, con la Religión por

delante. Y Cortés y los suyos fueron con la Religión por delante, con lo que «Eso» significa. Y con todo el espíritu de servicio y, por qué no, de tolerancia, de piedad, con que esa religión había fecundado el viejo sueño grandioso de Roma.

Pensemos en el obispo Garcés y en Victoria y en Covarrubias, en la bula de Pablo III que reconoció los derechos del indio; hasta el propio emperador Carlos señaló a Cortés que los indios no estaban «sujetos a servidumbre». Y fue también -no olviden ustedes- una conquista sin paga de soldados. Las ordenanzas de la Corona impedían tierras y vasallaje, y poco dinero había en España para costear el servicio y menos aún para pagar la gloria de sus capitanes. Ramírez de Fuenleal, presidente de la Audiencia de Méjico, pergeñó una solución intermedia, alumbrando una especie de relación feudal entre señores e indios -las Encomiendas-, pero sólo al principio fueron vitalicias.

Bien.

Hemos pasado muy por encima sobre ciertos aspectos de aquellas hazañas asombrosas. El tiempo de esta reunión se está cumpliendo y debo terminar.

De todas formas, lo que más me interesa, y puede que sea lo que debo hacer como escritor -otros se han encargado ya en este curso de desmenuzar las particularidades de la Epopeya- es recordar algo que Cortés simboliza, que es ejemplar, y sin lo cual resulta muy difícil que prevalezca una sociedad digna.

Citaré dos historias:

Leí una vez en un libro de Russell, que visitando una reserva india (no recuerdo ya si visitándola él o si se lo contaron) el viajero fue perfectamente informado' por los encargados de la concentración de las ventajas de la misma: comida segura, cuidados médicos, etc., frente al azar de la antigua vida de los indios. Y deambulando por la reserva, el visitante vio a un anciano, muy triste. Y le preguntó cómo todas aquellas ventajas que acababa de descubrir no le agradaban. Y el anciano le respondió: pero no

hay gloria.

La otra anécdota está en un libro maravilloso, *Treasure Island*, del gran Robert Louis Stevenson. Cuando el fantástico capitán muere en la posada del Almirante Benwod, Jim Hawkins abre su cofre y de él sale olor a brea, tabaco, etc., y unas caracolas. Esas caracolas habían cruzado todos los mares en aquel cofre, y ahora entregaban al jovencito Hawkins todo el esplendor del sueño.

Esas dos instancias: ese sueño y ese ansia de gloria resumen la aventura de Cortés. Porque como decía Montaigne tenía los ojos más grandes que el vientre y más curiosidad que poder.

Para Cortés las tierras de más allá de las aguas eran esa «abundancia» que aparece en los informes de Colón, y que tan bien se enraizan en las ansias edénicas de la Europa de aquel tiempo. Era lo fantástico que se abría a los ojos del hombre tras el frío de la Edad Media. Y había tal necesidad de esos sueños, que obras mediocres que los ensalzaban, como las *Décadas* de Pedro Martir, prevalecían sobre las obras serias, pero menos encantadoras, como la *Geografía y Descripción General de las Indias* de Velasco.

Esa atracción del mundo desconocido, en el que alcanzar fortuna, gloria -y que siempre ha llevado tras de sí a lo largo de la historia a los grandes capitanes-, era el horizonte de Cortés. Al que jugó-en contra de los consejos de Plutarco al comienzo de su admirable *Pelopidas*- su vida y su hacienda en cada minuto.

Porque era mucho lo que se abría ante los ojos del extremeño. Era «la más vasta ocasión» de los siglos. Era la continuación del espíritu de la Reconquista, de los mejores momentos de Castilla, cuando hizo suyos los sueños de unidad; era el vigor de los catalanes que combatieron en el Mediterráneo Oriental con el más alto valor; era el espíritu incólume a través del tiempo de los primeros hispanos, aquellos seres de

*vehementia cordias*, que dirían los historiadores romanos. Era el ímpetu que se levantaría -aunque hubiera sido mejor que no se levantara- contra las tropas de Napoleón. Era la sangre caliente de una nación sacudida desde siempre y para siempre por la violencia. Pero encauzada aquí hacia un horizonte de oro y servicio.

Qué clara aparece la fascinación de Cortés cuando describe Méjico, cuando alaba sus torres «más altas que la torre de la Iglesia Mayor de Sevilla». Y Sevilla era la luz del mundo.

Hay un momento que siempre que lo recuerdo, me trae otro, también de un notable soldado y soñador. Cuando Cortés entra en Méjico, por aquella calzada «ancha e muy hermosa» y ve acercarse, precedido de sus notables, al emperador, Uei Tlatoani, «el que habla», el Señor de señores. Y avanzan uno hacia otro. ¡Qué momento! Debió sentir como Lawrence de Arabia aquella primera noche en Damasco, tal como el mismo escribe en su admirable *Seven Pillards*, «una perfecta libertad».

Y hay algo que sobrecoge al final de la historia de este formidable guerrero, lo que podemos llamar crepúsculo del soldado, esas cenizas de un sueño inacabable que es el símbolo de lo mejor de una nación, de lo mejor de una Civilización. Cuando esa estrella, ese Norte del entusiasmo de una nación, se oscurezca, España estará entrando en otra Historia. Sin el brillo medieval. El funcionario irá suplantando al guerrero, el organizador, el burócrata, al descubridor; un funcionario de la corona se superpondrá al vigor del colonizador, y sin la gracia especial de Inglaterra.

Pero así es la Historia. Y el mundo recién descubierto debía integrarse en las coordenadas económicas y racionales de Europa. Tampoco logró España esa meta, aunque para ello perdió el filo de sus espadas.

He pensado muchas veces en el último Cortés, vencido, en su patria, cuando como última esperanza, se embarca con su Emperador, junto a sus dos hijos, para combatir al

renegado Azán Aga. Corría el Otoño de 1541 cuando desembarcan en Argel. Tras unos combates de poca monta, el emperador, asesorado por un Consejo, decide embarcar y retirarse. Y dicen las Crónicas que se vio a Cortés recorriendo como un fantasma los campamentos, preguntándose por qué no se acababa con aquel eunuco Azán Aga cuando tantas fuerzas concurrían, y cuando él sólo, con poco más de quinientos hombres, había conquistado el Imperio Azteca.

Su vida, hasta el morir «viejo, pobre y empeñado» como él mismo escribe en una última carta, es un arrastrar la leyenda por el ámbito helado de la postergación; «empeñado», quien ganó un Imperio que ya ordenaban cabezas intrigantes y menos feroces. Como Lord Jim -que tampoco intentó escapar al destino- cabe pensar que la última mirada de Cortés fue orgullosa e inflexible. Los mismos ojos que Keats le adjudicó en aquel soneto ante el Pacífico.

Decía el gran Chesterton que el prejuicio popular es mucho más digno de estudio que la sofistería erudita. Los ojos del pueblo nunca han abandonado la figura del conquistador.

Muchas gracias.